

Jesús, que vea con tus ojos¹

1. Es una saludable recomendación para un cristiano, el buscar una cierta identificación personal con los diferentes protagonistas del Evangelio. A veces es más fácil y a veces menos. En el caso de la escena que acabamos de escuchar, la curación de Bartimeo, el ciego de Jericó, resulta muy sencillo. Y es que a lo largo de la vida, en no pocas ocasiones, nos encontramos como este pobre ciego, con menos claridad de la que quisiéramos. Nos encontramos atravesando zonas de penumbra ante las cuales desconocemos cómo orientar nuestros pasos.

Son momentos para recordar con el salmista: *el Señor es mi luz y mi salvación² o: Señor, lámpara es tu palabra para mis pasos, luz para mi sendero³*. O, quizás, por encima de todo, que Cristo dijo *Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no caminará en la oscuridad y tendrá la luz de la vida⁴*.

Fue lo que intuyó aquel ciego junto al camino. No podía ver, pero tenía agudizado el sentido del oído y percibió inmediatamente que algo importante, muy inusual, estaba ocurriendo aquel día a la salida de Jericó. Él necesitaba claridad en sus ojos, necesitaba *luz para su sendero* y a gritos implora la ayuda del Maestro: *¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!⁵*.

2. Hoy en día son incontables los que se encuentran junto al camino de la vida sin mayor luz. Aturdidos por multitud de voces que ofrecen alternativas religiosas y morales muchas veces distintas y contradictorias. La cultura actual es como una inmensa Torre de Babel en donde reina una tremenda confusión. Un torbellino de propuestas en apariencia liberadoras o iluminadores, que en fondo son engañosas y vanas.

Hace unos meses, haciendo ejercicio en un parque cercano, me encontré con un jardinero. Un hombre de entre cincuenta y sesenta años. Llevaba colgada del cuello una medalla elíptica, grande, de metal, que en un primer momento me pareció ser la Virgen de Guadalupe. Tras intercambiar algunas frases amables sobre su trabajo o el clima, me disponía a felicitarlo por lo que yo suponía una bonita manifestación de su fe, cuando caí en la cuenta que no era lo que yo pensaba. Lo que llevaba sobre su pecho era una siniestra imagen de la “Santa Muerte”. *¿Por qué trae eso colgado?*, le pregunté. *La flaca me cuida*, fue su respuesta. Yo añadí: *me parece que más bien lo confunde...* Nuestra conversación continuó por un buen rato abordando otras cuestiones y finalmente terminamos como buenos amigos. Le regalé (y me lo agradeció mucho) el Rosario que yo llevaba. Al despedirnos, le hice saber que como sacerdote rezaría por él y por su familia.

¹ Homilía domingo XXX, del tiempo ordinario, ciclo B.

² Salmo 26.

³ Salmo 105.

⁴ Juan 8, 12.

⁵ Evangelio, Marcos 10, 47.

No son pocas, en efecto, las personas que habiendo vivido su infancia en el seno de la Iglesia Católica, pasados algunos años, se han involucrado en diversas alternativas religiosas que lejos de darles la paz que afanosamente buscan, los dejan aturridos, vacíos, incluso al borde de la desesperación. En definitiva, tan ciegos como Bartimeo.

Cristo conoce mejor que nadie el interior del corazón humano. Bien sabe lo que más necesita. Y lo que hizo con aquel ciego de Jericó, lo quiere hacer también con todos nosotros. Lo manda llamar, entabla con él un breve y sencillo diálogo. Y, con su palabra divina, le devuelve la vista en un instante, dejándolo invadido de una alegría indescriptible.

3. El joven seminarista y luego sacerdote recién ordenado que fue san Josemaría, durante varios años, cuando solo tenía *barruntos* de lo que Dios le pedía, y estaba muy lejos de ver claro su camino, acudía a Jesús y a la Virgen María, justamente con estas palabras del Evangelio: ***¡Señor, que vea! ¡Señora que vea! Que vea con tus ojos, Cristo mío, Jesús de mi alma.*** A veces las repetía en latín: *Domine, ut videam!* Primero en Zaragoza y luego en Madrid. Hasta que el 2 de octubre de 1928, mientras hacía unos ejercicios espirituales en una casa sacerdotal, por fin se hizo la luz y vio lo que el Señor le pedía: predicar incansablemente que, en medio del mundo, el trabajo ordinario puede ser camino de auténtica santidad.

A la luz de este ejemplo, pensemos en nosotros mismos. En la situación en que ahora nos encontramos. Y pidamos a Jesús que nos ilumine interiormente. Que nos conceda luz en el entendimiento y paz en el corazón para ver las cosas como Él las ve, *para verlas con sus ojos*. Y así lanzarnos sin miedo a acompañarle por el camino, a conquistar la santidad.

¡Señor, creo! –decía san Josemaría-. ***¡Pero ayúdame, para creer más y mejor!*** Ayúdame a que brille siempre en mi vida tu luz divina, en medio de las pruebas o dificultades de la vida. Y que siempre me acompañe también tu dulce Madre, María.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 28 de octubre de 2018